

La culpa

Rubén Fernández Páez

Rubén Fernández

La culpa



# Capítulo 1

Autor: Rubén Fernández

Fecha publicación: 19 de Septiembre de 2019

---

Era primavera, pero desde que ocurrió aquella desgracia, no lo parecía. Estaba lloviendo, llevaba dos semanas lloviendo continuamente, apenas paraba, y cuando lo hacía, la luz del sol no aparecía por ninguna parte.

Era por la tarde, pero parecía que era de noche debido al tiempo. Las nubes negras rodeaban toda la casa, y la lluvia caía y azotaba las ventanas con fuerza, pero Luis no se centraba en eso, en lo único que se centraba era en su hija, en su pequeña, Alba.

Estaba dormida, en su cuna, tapada con una mantita de algodón de color rosa, y decorada con una pequeña osita sonriente durmiendo en la luna. Luis no podía dejar de mirarla, veía como respiraba, veía como de vez en cuando movía sus piernecitas bajo las sabanas, veía sus pequeños bracitos, su pelito negro, y sus ojitos cerrados.

Luis debía de sentir amor hacia la pequeña, era su hija, y había estado deseando tener un bebe desde que era joven, pero lo único que sentía hacia ella, era odio.

- Luis. Susurro una voz viniendo desde la entrada de la habitación de Alba.

Luis se giró, y vio que se trataba de su suegra, María.

María Ochoa de la Bastida tenía 63 años, era una mujer mayor, pero eso no era un impedimento para ella. Era una anciana robusta, gordita, negra de piel, de pelo y ojos castaños. Cuando estaba en su casa, siempre llevaba un vestido azul con grandes flores repartidas, pero cuando salía, siempre iba vestida con una camisa blanca, acompañada con una rebeca de color carne y una falda que pasaba de las rodillas del mismo color, tenía más conjuntos, pero el que más utilizaba para salir era ese.

Al igual que Luis, ella había sufrido una gran pérdida, mucho mayor que la de él, pero sabía de sobra como se sentía. Cuando ella era más joven, antes de que ocurriera aquella desgracia, perdió a su marido, sabía de sobra por lo que estaba pasando, y en aquel momento debía de mostrarle todo el cariño posible, igual que él había hecho por ella en su momento. Además, María tenía también algo más por lo que preocuparse, debía de

preocuparse por la salud de su nieta.

- María. - Exclamo Luis con un tono bajo para no despertar a Alba. - Creí que ya no vendrías.
- Ahora no está lloviendo tanto, pero aun así hubiera venido. - Camino un poco hacia él, y luego dirigió su mirada hacia el interior de la cuna. - ¿Cómo está la pequeña?
- Bien. - Respondió Luis mientras ahora evitaba mirar al bebe. - Hace un rato estaba un poco alterada, no paraba de llorar, pero he conseguido hacerla dormir.
- ¿Esa era la razón por la que me habías llamado? Pregunto María.
- Si. Respondió Luis.

Era mentira.

Cuando Luis llamo a su suegra, la niña ya estaba dormida, la razón por la que la había llamado era porque necesitaba salir de la casa, necesitaba despejarse, necesitaba evadirse. Lo único que conseguía estando en aquella casa era que los recuerdos volvieran a su mente. Además, él bebe tampoco ayudaba. Cuando la cogía, cuando le daba de comer, cuando la miraba durmiendo en la cuna, lo único que sentía hacia ella era odio, la odiaba a muerte por lo que había hecho, y sabía que, si no se iba pronto de la casa, acabaría por hacer una locura de la que probablemente acabaría arrepintiéndose.

- De todas maneras, María, ¿Te importaría cuidarla un rato? - Pregunto Luis un poco decaído y antes de darle tiempo a responder añadió. - Necesito salir un rato, necesito despejarme.
- Claro, por mí no había problema. - Respondió mientras veía como Luis comenzaba a salir de la habitación de su hija. - Luis.

Luis al escuchar su nombre, se giró hacia María.

- ¿Estás bien? Pregunto con un tono bajo.

Luis asintió.

Entonces, la anciana, preocupada, camino hacia él, y le pregunto:

- ¿Estás seguro?
- Si, lo estoy, de verdad. Respondió lanzándole una sonrisa.

Pero María sabía que mentía, solo había que verle.

Antes de la desgracia, solía tener el pelo corto y bien peinado. Ahora, el pelo lo tenía un poco más largo, pero no se molestaba en peinarlo. La barba, aquella que antes tenía corta y bien cuidada, ahora era más larga e irregular. Su piel seguía siendo pálida, pero ahora, estaba acompañada de

unas ojeras redondas y oscuras que se encontraban por debajo de los ojos. Pero no eran estas cosas las que le preocupaban, a María lo que le preocupaba era su peso.

Luis siempre había sido un joven que comía solo lo necesario para vivir, no le gustaba comer en exceso, siempre hacía todo lo posible por mantenerse en su línea, en su peso ideal. Pero desde aquella desgracia, María no pudo evitar fijarse en el cuerpo de su yerno. En dos semanas, había perdido cerca de tres kilos.

En un principio, María sabía que su yerno estaba adelgazando, pero no fue hasta aquel momento en que supo lo mal que estaba, solo le hizo falta ver la ropa que llevaba.

Aquel día, Luis llevaba unos zapatos marrones, acompañados con unos pantalones vaqueros, y una camisa liza de color azul claro. María había reconocido esa ropa de habérsela visto puesta anteriormente, recordaba que le quedaba como un guante, pero ahora, debido a la pérdida de peso, los pantalones vaqueros se le caían un poco, mostrando algunas veces la tira de los calzoncillos, y la camisa, aquella que antes le estaba un poco apretada, y que le hacía parecer que era un hombre musculoso, le estaba ancha.

Al oír aquella respuesta, María le agarró de las manos y le dijo:

- Se cómo te sientes Luis, pero quiero que sepas que no eres el único que está sufriendo, Noelia era mi hija. - Se detuvo un momento para pensar bien en lo que quería decir y al rato añadió. - Pero debemos de ser fuertes, no solo por nosotros, sino también por la criatura. - Entonces con una voz más serena añadió. - Eres su padre, y esa niña te necesita más que nunca.

Luis no dijo nada.

- Sabes, cuando supe que comenzaste a salir con mi hija me caías mal, y cuando te conocí, te odiaba. - Al decir estas palabras, Luis frunció el ceño. - Pero con el tiempo, descubrí porque mi hija había comenzado a salir contigo. Eres una persona de buen corazón, y este donde este, ella sabe que nunca le harás daño a esta criaturita indefensa. Al decir eso, dirigió su mirada hacia la cuna.

Al escuchar las palabras de María, Luis no pudo evitar sentirse mal consigo mismo. Si antes sentía el deseo de salir de la casa, ahora necesitaba huir de ella, al menos, durante unas horas.

- Tengo que irme María. - Dijo muy seriamente y mientras salía de la

habitación, añadió. - Volveré en unas horas, cuando este mejor.

Entonces, bajo las escaleras, cogió un paraguas que se encontraba metido en el paragüero, junto al de María. Abrió la puerta, y se marchó en busca de un bar, con la idea de emborracharse.

## Capítulo 2

Camino hasta llegar a un bar que se encontraba en el final de la calle, el nombre del bar era, la casa de Kevin.

Era un bar pequeño, con tres mesas en el interior, cada una acompañada de cuatros sillas, y a la izquierda se encontraba una gran barra metálica que llevaba hasta la entrada de la cocina. Detrás de la barra, había varios licores expuestos, y al lado de estos licores, había una vitrina metálica en la que habían guardado varias bandejas con comida fría. Junto a la barra, había también varios taburetes para que la gente pudiera sentarse. Las paredes del bar estaban decoradas con varios cuadros y fotografías antiguas de la ciudad. Normalmente, el interior de aquel bar siempre estaba vacío debido al olor a fritanga, pero el exterior siempre estaba lleno. Cuando hacía buen tiempo, siempre ponía varios veladores en el exterior, y los clientes podían pedir todo lo que quisieran a través de una pequeña ventanilla que había en una pared, a la altura de la barra. Pero aquel día, aquel día lluvioso, no había veladores en el exterior, y el interior estaba completamente vacío, el tiempo no ayudaba demasiado al bar.

Luis se acercó a las puertas de la casa de Kevin, entro mientras recogía su paraguas, y lo puso en un paragüero metálico que había cerca de la puerta. Al hacerlo, se acercó hacia uno de los taburetes y se sentó mientras se apoyaba en la barra.

- ¡Hola! - Exclamo. - ¡¿Kevin, estas aquí?!
- ¡Enseguida salgo! Exclamo una voz desde la cocina.
- ¡Sin prisa! Exclamo Luis mientras se restregaba los ojos con la mano.

Al rato, Kevin apareció por la puerta, era un hombre gordo, con poco pelo, y de ojos saltones. Siempre que trabajaba, vestía una camisa de manga corta de color gris, siempre la llevaba metida por debajo de sus pantalones negros.

- ¡Hombre, Luis! - Exclamo al verlo. - ¡Que alegría verte, hacía tiempo que no te veía!
- Lo mismo digo Kevin. - Dijo un poco desanimado. - ¿Qué tal estas?
- Bien. - Respondió. - No me quejo.

Entonces, Luis giro la cabeza hacia atrás para poder ver las mesas vacías y cuando lo hizo, volvió de nuevo la mirada hacia Kevin:

- ¿Y el bar? - Pregunto. - ¿Cómo va?
- Lo cierto es que va bien. - Respondió. - Pero te admito que el tiempo no ayuda.
- Ya lo veo, está bastante vacío.

- No te preocupes por eso, aún es temprano. - Dijo con bastante buen humor. - Solo son las ocho, la gente no empieza a llegar hasta las nueve y media, como mucho hasta las diez, pero si es cierto que, al llover, viene mucha menos gente. - Y luego, con un tono más furioso, añadió. - Por culpa del jodido tiempo, la gente no quiere salir de sus casas. Además, tampoco me deja poner los veladores, así que. - Entonces, con mejor humor añadió. - Pero bueno Luis, te seré sincero, soy bastante optimista, sé que el tiempo cambiara dentro de poco.  
- No creo que ocurra. Comentó Luis con un tono bajo, y triste.

Kevin al escuchar el tono de su cliente, recordó lo que le había pasado. No había tenido mucho contacto con Luis desde aquel día, pero gracias a la poca gente que iba a su bar después de aquella desgracia, se enteró de lo sucedido.

- Luis. - Dijo Kevin mientras se echaba en la barra. - Me he enterado de lo de tu mujer.

Luis al escuchar eso, levanto la cabeza y le miró fijamente.

- Se que ahora lo estarás pasando mal, pero quiero que sepas que estaré ahí para lo que haga falta, ¿De acuerdo?

*La misma canción de siempre.* Pensó Luis al escuchar sus palabras.

- De acuerdo Kevin, Gracias. Respondió con un tono bastante amable.  
- Intenta llevarlo como puedas. - Añadio.- Además, ahora tienes una hija, y bueno, ya sabes, ahora te necesita más que nunca.

*iNo me hables de mi hija!* - Pensó en decir. - *iPor su culpa ha ocurrido todo esto, por su culpa estoy aquí!* Pero lo único que dijo fue:

- Lo sé, y, gracias. - Y entonces, con un tono más sereno, añadió. - Ahora, te importa ponerme una cerveza.  
- Claro. - Respondió Kevin muy educadamente.

Entonces, camino hacia un lado de la barra, cogió un vaso de cristal, y empezó a llenarlo de cerveza.

- Sabes, no estoy acostumbrado a verte beber alcohol.  
- Lo sé. - Respondió Luis mientras veía como llenaba el vaso. - No suelo beber, pero hoy tengo que hacerlo.

Estas palabras le preocuparon un poco a Kevin, pero decidió no pensar en ello, era algo en lo que no debía meterse.

Una vez lleno el vaso de cerveza, desparramo un poco la espuma que

había por encima, y se lo llevo a Luis.

Luis comenzó a beber, y poco a poco comenzó a evadirse de la realidad. Al principio Kevin estaba junto a él, le hablaba de vez en cuando, pero era rara la vez que lo hacía, tan solo se limitaba a verlo beber, aunque más que nada, lo hacía para asegurarse de que no hiciera ninguna gilipollez. Cuando se acabó el primer vaso, le pidió a Kevin otra cerveza, y luego otra y otra.

A la cuarta el alcohol comenzó a serle efecto, empezaba sentirse un poco mareado, pero aún seguía consciente, necesitaba más, necesitaba algo más fuerte para evadirse por completo, necesitaba olvidar todo lo que había sucedido.

- ¿Estás bien Luis? Pregunto Kevin al verle con la mirada perdida.  
- Si, estoy bien. - Respondió mientras soltaba su cuarta cerveza sobre la barra. - ¿Tienes algo más fuerte?  
- Luis. - Exclamo Kevin al verle. - No hagas esto, es deprimente, había decidido no meterme, pero esto a ti no te pega, me estas preocupando demasiado. - Entonces, luego con una voz más baja y serena, añadió. - Vete a casa, tu hija te espera.  
- ¡No me hables de mi hija! - Exclamo. - ¡Limítame a atenderme o me iré a otro lugar! - Le miro seriamente, y luego, con el mismo tono que antes, le volvió a preguntar. - ¡Y ahora dime, ¿Tienes algo más fuerte o no?!

Kevin lanzo un largo suspiro, lo que le acaba de decir no le había afectado, sabía que lo que estaba hablando era el alcohol, no él. *Me duele mucho verlo así, está destrozado.* Pensaba.

Pero aun así decidió obedecer a sus órdenes.

- Voy a ir a la cocina, a ver si tengo algo.  
- ¿Y esas botellas de ahí atrás? Pregunto Luis señalando hacia los licores que estaba expuestos detrás de la barra.  
- Son de decoración. - Respondió. - Lo que hay dentro de las botellas no es alcohol. - Y luego, mientras caminaba hacia la entrada de la cocina, exclamo. - ¡Quédate ahí, no tardare!

Entonces entro en la cocina, y no volvió a salir.

## Capítulo 3

Cuando vio que Kevin entraba en la cocina, Luis descubrió que había una tele encima de la entrada de la cocina. No recordaba haberla visto allí anteriormente. Pensó que seguramente Kevin la había instalado hacia pocos días. No le presto mucha atención, ni siquiera la miraba, dirigía su mirada hacia la barra mientras se perdía en sus recuerdos y en sus sentimientos, pero no pudo evitar oír lo que estaban diciendo. Estaban recordando un pequeño altercado que había ocurrido hacia un mes en un colegio cercano.

- ¿Fue un altercado horrible verdad? Pregunto una voz desde detrás de la barra.

Luis al escuchar la voz, no pudo evitar asustarse, levanto la cabeza rápidamente, y vio a un hombre joven que no conocía. A simple vista parecía que podía tener unos 20 años.

El joven era un chico pálido, de ojos castaños, su pelo era negro, y lo tenía aplastado y engominado. Llevaba un chaleco negro de manga corta, que conjuntaba con sus pantalones vaqueros y sus zapatos. Por un momento, a Luis le dio un poco de respeto aquel joven, estaba más pálido que él, parecía una persona que llevaba muerta bastante tiempo.

- ¡Dios santo! - Exclamo. - ¡Me has dado un susto de muerte!  
- Joder, sabía que era feo, pero no tanto.

Al decir eso, Luis no pudo evitar reírse, pero lo cierto es que, el joven no era feo, solo era pálido, demasiado pálido.

Luis miro hacia la cocina, y empezó a llamar a Kevin.

- Kevin no va a venir. Dijo el joven muy seriamente.  
- ¿Dónde está? Pregunto Luis extrañado.  
- Ha tenido que ausentarse un momento. - Respondió mientras se apoyaba en la barra.- Te atenderé yo en su lugar.

A Luis esta noticia le extraño bastante.

- ¿Trabajas aquí? Pregunto mientras fruncía el ceño.  
- Si. - Respondió. - De vez en cuando Kevin me llama para que venga a echarle una mano. Normalmente me llama cuando hay mucha gente, pero lo dicho, hoy me ha llamado porque le ha surgido algo. - Y luego con un tono más tranquilizador, añadió. - Pero no te preocupes, volverá pronto, te lo prometo.

No sabía porque, pero se fiaba de aquel muchacho, algo había en el que hacía parecerle sincero y convincente.

- ¿Cómo has llegado tan rápido? Pregunto.
- Vivo aquí al lado señor. Respondió muy amablemente.
- ¿Y por donde has entrado? -Pregunto Luis con curiosidad. - No te he visto entrar por la puerta.

El joven al escuchar aquel comentario no puedo evitar reírse:

- No es la única puerta señor. - Respondió mientras se calmaba. - He entrado por la puerta de atrás, la puerta está pasando la cocina, si no me cree, puede ir a verla usted mismo.
- No, no te preocupes muchacho, te creo. -Dijo Luis con una sonrisa, aunque no entendía porque sonreía, creyó que podía ser por la bebida. - Pero déjame hacerte otra pregunta, muchacho.
- ¡Adelante, haga las que quiera! Respondió el joven amablemente.
- ¿Por qué demonios has venido? Pregunto Luis con un tono arrogante y luego mientras extendía los brazos con la idea de que el joven miraba hacia su espalda, añadió. - El bar esta vacío debido al tiempo, no tienes mucho que hacer aquí.
- Eso no es cierto señor. - Respondió el joven. - Tengo que vigilar para que nadie entre a robar. Además, he de corregirle, el bar no está vacío.
- ¡¿Como que no?! Exclamo Luis.
- Usted está aquí. Dijo el joven muy amablemente.

Estas palabras hicieron conmover a Luis, el joven le caía bien, no tenía ninguna duda. Entonces, volvió apoyarse en la barra, y le pregunto:

- ¿Cómo te llamas chico?
- Federico. - Respondió. - Federico Domínguez Sierra, pero todo el mundo me llama Fred, ¿Y usted señor?
- No me llames señor, no me gusta. - Dijo Luis en un tono serio y luego le respondió. - Me llamo Luis, Luis Martínez Campano, pero llámame solo, Luis.

Entonces, Fred extendió su brazo derecho y añadió:

- Es un placer.

Al rato, Luis hizo lo mismo, pero al extender su brazo, no pudo evitar tambalearse un poco, pero consiguió estrechársela:

- Lo mismo digo Fred. - Le soltó la mano y añadió. - Ahora, ¿Te importaría traerme algo más fuerte que una cerveza?
- ¿Estás seguro, Luis? - Pregunto mientras veía los cuatro vasos de cerveza. - ¿Seguro que no tiene ya bastante?
- ¡Seguro! - Exclamo de repente. - ¡Ahora tráeme algo más fuerte!

- Como usted ordene. Dijo Fred y comenzó a caminar hacia la cocina, en busca de algo que contentara a su cliente.

## Capítulo 4

Al rato de que se marchara, Fred regreso con una botella en la mano, pero Luis no pudo identificar de que era.

Cuando llego a donde se encontraba, puso la botella en la barra, y entonces Luis se fijó en que le había traído una botella de Güisqui.

- ¿Le parece esto lo bastante fuerte? Pregunto Fred mientras veía a Luis dirigir la mirada hacia la botella.

- Nunca lo he probado. Respondió mientras seguía mirando la botella.

- Ya somos dos. -Dijo Fred con un poco de humor. - Si quiere, le traigo otra cosa.

Al decir eso, Luis se reincorporo y dirigió de nuevo la mirada hacia Fred:

- ¡No, no te preocupes! - Exclamo. - Esto me servirá, ponme un chupito.

- ¿Le importaría que me uniera a usted? - Pregunto. - He estado pensando en lo que ha dicho antes, y creo que tiene razón, no creo que venga mucha gente por el momento.

- ¡Claro muchacho! - Exclamo interrumpiéndole. - Adelante, coge otro para ti.

- No dirá nada, ¿Verdad? Pregunto Fred mientras se dirigía hacia los vasos.

- Ni una palabra. Respondió Luis mientras se pasaba los dedos por la boca, como si estuviera cerrándola con una cremallera.

Al rato, Fred vino con los dos vasos pequeños. Los puso en la barra, lleno ambos con Güisqui, y le paso uno a Luis.

- ¡Salud! Exclamo Fred mientras levantaba la mano con el pequeño vaso en señal de brindis.

Vio como Luis le respondió con un gesto semejante y entonces ambos bebieron, pero Fred lo escupió al instante:

- ¡Dios mío! - Exclamo. - ¡Esta malísimo!

Entonces giro la cabeza hacia Luis y vio que el aún mantenía la bebida en la boca, pero segundos después consiguió tragar.

Mientras la mantenía en la boca, notaba como ardía, pero al tragar, sintió como la bebida le calentaba la garganta, y al rato, sintió como le ardía el estómago.

- No esta malo, solo está demasiado fuerte. - Dijo mientras ponía de

nuevo el vaso en la barra y añadió. - Ponme otro.

Fred obedeció.

- Luis. - Dijo mientras le ponía el segundo chupito. - Se que no es asunto mío, pero no puedo evitar preguntarle, ¿Por qué está haciendo esto?  
- ¿El que? Pregunto Luis mientras cogía de nuevo el pequeño vasito.  
- Esto. - Dijo mientras señalaba hacia los vasos que estaba sobre la barra.  
- Usted no tiene pinta de... Bueno, de bebedor.  
- ¡Ah no! - Exclamo Luis mientras se tomaba la segunda ronda. Al hacerlo, dejo de nuevo el vaso en la barra y le pregunto sonriendo con aires de superioridad. - ¿Y de que tengo pinta?

Fred le miro y por un momento dudo, no sabía si decírselo seria la opción más indicada. Además, no sabía cómo reaccionaría a su comentario, pero al final lo hizo.

- Parece un hombre que está pasando por un mal momento. - Respondió.  
- Es como si, le hubiera ocurrido algo, algo malo, y ese algo le impidiera seguir adelante.

Al escucharle, Luis lanzo un suspiro y comenzó a sonreír. Fred al verlo sabia sin ninguna duda que el alcohol empezaba a hacerle efecto.

- Tienes razón. - Dijo mientras sonreía, y luego, con un tono más serio, añadió. - Otro chupito.

Fred le miro por un momento, y sin dudarle, volvió a llenarse el vaso.

- ¿Qué le ocurrió? Pregunto mientras le llenaba el vaso.  
- Que tuve una hija. - Respondió muy seriamente mientras cogía de nuevo el vaso, sin que Fred acabara de llenarlo, pero antes de llevárselo a la boca, añadió. - Eso fue lo que ocurrió. - Al decir esto, bebió y volvió a poner el vaso en la barra. - ¡Otro!  
- ¿Qué quieres decir con "Que tuve una hija"? Pregunto Fred extrañado mientras le llenaba el vaso.  
- ¡Pues eso mismo! - Exclamo. - ¡Tuve una hija, y al tenerla me quito lo que más quería!  
- ¿Qué te quito? Pregunto Fred con curiosidad mientras soltaba la botella en la barra.  
- ¡Me quito a mi mujer! - Grito, y entonces comenzó a llorar. - ¡Me quito a mi Noelia!

Fred no supo que decir a eso, le había impactado aquel comentario, y Luis, al no recibir respuesta, siguió hablando:

- ¡¿Sabes lo que es perder a un ser querido, Fred?! - Exclamo mientras seguía llorando.- ¡¿Sabes lo que es que una cosa tan pequeña le quite la

vida a la persona que más quieres en este mundo?!

Fred no respondió, y lo cierto es que le estaba asustando un poco el tono de Luis.

- ¡No, claro que no lo sabes, aun eres un chico joven! - Exclamo. - ¡No tienes ni idea de lo que siento!

Y al decir eso, se desplomo en la barra, y siguió llorando.

Fred al ver esa reacción, a pesar de que estaba asustado, se acercó hacia él y puso su mano sobre su brazo, con la idea de consolarle, pero no dijo ni una sola palabra, pensó que aquel momento no era el adecuado para hablar, pero gracias a eso, consiguió oír las palabras de Luis.

- Conocí a Noelia siendo joven, tenías que haberlo visto Fred. Era una chica encantadora, morena de piel y ojos castaños, era lo más bonito que había visto nunca. No tenía mucho pecho, pero tenía un bonito cuerpo. Muchas veces, ella decía que se veía gorda, no sé si lo decía en serio, pero muchas veces me metía con ella para hacerla creer que era verdad, le molestaba mucho que me metiera con ella. - Se detuvo un momento, y al rato prosiguió. - Pero lo que más me gustaba de ella, era su pelo, lo tenía rizado, y siempre lo llevaba recogido. Y cuando se lo alisaba. - Al decir esto cerro los ojos, y se imaginó por un momento a su mujer con el pelo lizo. - Cuando se lo alisaba, el pelo le llegaba hasta la espalda. Ella muchas veces decía que no le sentaba bien, pero se equivocaba, cuando se alisaba el pelo, parecía una diosa caída del cielo.

Al decir esto, volvió a incorporarse, aunque le costó un poco, por un momento sintió como la cabeza le daba vueltas. Fred al verlo de nuevo incorporarse, se apartó. Pensó en ayudarle, pero cuando quiso darse cuenta ya se había reincorporado y había vuelto a ponerse tal y como estaba antes.

- He estado con ella muchos años Fred. - Dijo mientras le miraba, ignorando por un momento el vaso de Güisqui. - Llevábamos juntos 15 años, 10 años de novio y 5 de casados. - Fred al escuchar aquellas palabras, lanzo un silbido, pero no dijo nada más. - Cuando hicimos 7 años de novios, le pedí que se casara conmigo, y ella acepto encantada, los dos nos queríamos mucho, no podíamos vivir el uno sin el otro, pero nos surgieron muchos problemas. - Y luego con un tono más serio añadió. - Uno de ellos, el más fundamental, fue el dinero. Podíamos habernos casado perfectamente por lo civil, pero no me pareció lo correcto, quería que fuera un día que nunca olvidara. - Se fijo de nuevo en el vaso y mientras acariciaba el borde con los dedos, añadió. - Nos costó a ambos 3 años, pero al final, gracias a nuestro esfuerzo, y en parte también por la de su madre, conseguimos hacer una boda en condiciones. Deberías de haberla visto aquel día Fred. Estaba preciosa con aquel vestido blanco, y

en su cara, solo se reflejaba felicidad.

- ¿Y su familia? - Pregunto Fred. - ¿Su familia no le ayudo con la boda?

Al escuchar aquella pregunta, Luis cogió con rapidez el vasito de Güisqui y se lo bebió de un trago.

- Yo no tengo familia desde hace mucho. - Respondió mientras colocaba de nuevo el vaso en la barra, aunque le costó bastante soltarlo, la barra no paraba de moverse. - La única familia que tenía, era mi mujer. Ahora ponme otro.

- ¿Y la pequeña? - Pregunto Fred con la botella en la mano, pero sin echarle ni una pizca de Güisqui. Al menos, de momento. - ¿La pequeña no es de su familia?

Al escuchar aquella preguntó, Luis comenzó a reírse.

- Comenzamos a buscar un niño al cuarto año de casarnos. - Dijo por un momento ignorando su pregunta. - Nos costó lo suyo, el resultado siempre era negativo, pero después de un año de intento, lo conseguimos. Noelia se quedó embarazada. - Se detuvo un momento y de repente, exclamo mientras comenzaba a llorar. - ¡Y mira para lo que sirvió, solo ha servido para que ella muriera!

- Eso no es cierto. - Respondió Fred muy seriamente. - Tienes una hija.

Al escuchar aquellas palabras, Luis recordó de nuevo la pregunta que le había hecho.

- ¡Esa pequeña no es de mi familia! - Exclamo muy seriamente. - ¡Esa pequeña solo es una asesina, nada más!

- Yo no lo veo así, Luis. - Dijo Fred mientras soltaba la botella lejos de Luis. - Yo solo veo a una niña que necesita a un padre, ahora más que nunca.

- ¡Esa niña lo que necesita es una muerte lenta y dolorosa! - Exclamo Luis con un tono amenazante. - ¡Ahora, ponme otro chupito!

- No diga eso, Luis. - Dijo Fred muy seriamente. - Su hija no tiene culpa de nada, su hija no tiene la culpa de que su mujer haya fallecido. - Y luego con un tono más amable añadió. - Dele una oportunidad a su hija, todos nos merecemos una oportunidad.

- ¡He dicho que me pongas otro chupito! Exclamo.

Fred sabía que no era el quien hablaba, sino el alcohol, acompañado con un poco de odio y de rabia, pero al escuchar sus palabras, no pudo evitar sentir asco hacia él, y como solo era un simple camarero, decidió obedecerle.

Entonces, cogió de nuevo la botella, y le lleno de nuevo el vaso:

- ¡Que la disfrute! Exclamo con un tono muy serio.
- Lo hare. Respondió Luis mientras agarraba el vaso y se lo llevaba a la boca.

Y aquello fue lo último que recordó de aquel día.

## Capítulo 5

Despertó, aturdido y desorientado, no sabía dónde se encontraba, y el dolor de cabeza no ayudaba. Afuera, el agua caía con más fuerza que antes, y de vez en cuando, se veía las luces de los relámpagos, acompañados de un fuerte trueno. Al oír el trueno, el dolor de cabeza se hizo insoportable, era como si le hubieran pegado con un mazo en la cabeza.

Poco a poco, mientras el dolor volvía a ser soportable, se fue levantando, y descubrió que se encontraba en el sofá de su casa. *Seguramente, abre venido borracho a casa.* - Pensó mientras se percataba de que estaba empapado en agua. - *¿Qué he hecho con el paraguas?* - Se preguntó. - *Seguramente, me lo abre dejado en el bar, o lo abre perdido por el camino.*

Mientras todos esos pensamientos corrían por su cabeza, se sentó en el sofá, y entonces se dio cuenta de algo. A pesar de la resaca y el dolor de cabeza, no pudo evitar darse cuenta de que algo no marchaba bien.

En la casa, no había ningún ruido, ni tampoco había luz, todo estaba oscuro. El único ruido que había en su casa era el sonido de las gotas golpeando las ventanas y el tejado, y la poca luz que aparecía era causada por los rayos.

*Estarán durmiendo.* Pensó Luis por un momento, pero aquel pensamiento no le convencía del todo, algo le decía que no era así.

Se levanto entonces del sofá, y camino hacia un reloj digital que se encontraba en una estantería del salón, el reloj marcaba las 10:00. *Son las diez de la mañana.* - Se dijo a si mismo mientras miraba el reloj. Entonces, se giró y centro su vista en la ventana, y se fijó en que el exterior estaba completamente negro debido al tiempo, parecía que seguía siendo de noche. - *Pues no lo parece.*

Entonces, otro pensamiento apareció por su cabeza. Por un momento pensó que seguramente, María, al verlo llegar borracho a casa, decidió coger al bebe, y llevárselo a su casa. María no vivía lejos, vivía a unas casas más abajo que Luis, pero aquel pensamiento desapareció rápidamente por su cabeza, pero no desapareció solo por el hecho de que estaba lloviendo a mares, también desapareció porque se fijó en que el paraguas de María seguía estando allí, metido en el paragüero.

Al darse cuenta de eso, un rayo cayo, iluminando todo el salón, haciendo que Luis se percatara de algo que no había visto antes, y al rato, el trueno

sonó.

El trueno volvió loco por un momento a Luis, la cabeza azoto de nuevo con fuerza, el dolor volvía a hacer insoportable, pero a los pocos segundos volvió a disminuir. Entonces, cuando el dolor volvió a ser más o menos soportable, camino hacia el paragüero, y cogió lo que había visto.

Era uno de los cojines del sofá. Era un cojín de color gris, igual que el sofá. El cojín solía estar en el lado izquierdo del sofá, justo en el lado opuesto al de su compañero.

- Vaya cosas. - Dijo mientras se agachaba y cogía el cojín. - He estado tan borracho que ni siquiera me he dado cuenta de que faltaba el co...

Entonces, al darle la vuelta, vio algo que hizo que el dolor de cabeza desapareciera, y que el corazón se le acelera, parecía que se le iba a salir del pecho.

Lo que vio en el cojín, fue una mancha seca, de color rojiza, no tardo en deducir de que se trataba de sangre.

Al verlo, dirigió la mirada hacia la escalera y grito:

- ¡María! - Y al no obtener respuesta, volvió a gritar, con más fuerza mientras se levantaba. - ¡María!

No obtuvo respuesta, ni siquiera del bebe. Con aquel grito, él bebe debería de haberse asustado y haber comenzado a llorar, pero no lo había hecho, era como si no estuvieran allí, pero Luis sentía que estaban allí, en la planta de arriba.

Se dirigió rápidamente hacia las escaleras, y comenzó a subir, pero al llegar al tercer escalón, noto como algo le pinchaba los zapatos, miro al suelo, y lo que vio fue varios fragmentos de cristal, estaban esparcidos por toda la escalera, comenzando desde arriba, hasta el tercer escalón, que era donde él se encontraba. También había algunos cristales en las escaleras inferiores, pero eran tan pequeños y minúsculos que nadie se percataría de ellos.

Luis, al ver los fragmentos de cristal, empezó a preocuparse. Para el, el cojín con sangre ya había sido demasiado alarmante, pero ahora, al ver los fragmentos de cristal esparcidos por las escaleras, sabia sin ninguna duda que había pasado algo, y no sabía porque, pero no podía evitar sentirse culpable.

Entonces, y sin pensarlo, subió corriendo las escaleras, escuchando como los cristales se iban rompiendo por cada pisada, y cuando llego arriba, lo

que vio, le dejó petrificado.

Arriba, a pocos metros de la escalera y de la habitación de Alba, se encontraba María, tirada en el suelo, cubierta de cristales, y con la cabeza abierta.

Luis al verla, se abalanzó sobre ella.

- ¡María! - Gritaba mientras se arrodillaba y la ponía entre sus brazos. - ¡María, por favor, responde!

Pero no respondía, ni lo haría jamás, María estaba muerta.

Al darse cuenta, Luis comenzó a llorar y la abrazó con todas sus fuerzas:

- ¡¿Quién te ha hecho esto?! - Le preguntaba mientras lloraba. - ¡¿Quién te ha hecho esto?!

Pero en el fondo sabía quien lo había hecho.

Volvió a dejar el cadáver en el suelo, y mientras lo hacía, se fijó en los pequeños fragmentos de cristal que había esparcidos por todo su cuerpo, y no muy lejos, se encontraba la parte de arriba de una botella de vidrio. Al verlo, Luis no tardó en sentirse familiarizado con aquel fragmento, supo que había conocido a aquella botella cuando estaba completa, era la misma que le había servido Fred en el bar.

Entonces, una luz resplandeciente y parpadeante apareció por la entrada de la habitación de Alba, algo que captó la atención de Luis, y cuando lo hizo, el trueno sonó, más fuerte que la última vez, pero esta vez no sintió ningún dolor de cabeza, era como si la resaca hubiera desaparecido, pero aquel trueno hizo que se preocupara más. El trueno había sido demasiado fuerte, y no oía los gritos ni los lloriqueos de Alba, sabía que algo no marchaba bien, y entonces, comenzó a sentir algo que nunca había sentido. Preocupación. Preocupación por su hija.

- ¡Alba! - Exclamo mientras se ponía de pie. - ¡Alba!

Entonces salió corriendo hacia la habitación de Alba, entro, avanzo con pasos rápidos hacia la cuna, y lo que vio, le destrozó el corazón.

- ¡Dios mío! - Exclamo al ver el interior de la cuna, se llevó las manos a la cabeza y grito con más fuerza mientras comenzaba a llorar. - ¡Dios mío!

El cuerpecito de alba yacía inerte en la cuna. Tenía los ojos cerrados, su carita estaba completamente morada y no se movía, si no fuera por su piel y por el pequeño hilillo de sangre seca que le salía por la nariz,

parecería que estaba dormida.

Al verla, Luis rompió a llorar y a gritar, mientras en su cabeza, todos los recuerdos comenzaban a aparecer de golpe.

- ¡Que he hecho! - Gritaba mientras lloraba. - ¡Que le he hecho a mi pequeña!

## Capítulo 6

- ¡Ya estoy en casa! Exclamo tambaleándose mientras abría la puerta con su mano libre, mientras con la otra, bebía de la botella de Güisqui.

Al entrar, cerró la puerta con fuerza y un llanto comenzó a venir desde el piso de arriba.

- ¡Noelia, apaga la alarma! Grito.

Al decir eso, se desplazó hacia el sofá, se sentó, y se bebió las últimas gotas de la botella, mientras escuchaba un ruido venir desde la escalera.

- ¡Donde demonios estabas! - Exclamo de repente una voz mayor que se acercaba cada vez más a él. - ¡Dijiste que ibas a salir un rato, y son las doce de la noche! - Al escuchar aquellas palabras, Luis se percató de que María estaba a pocos metros del.- ¡¿Y porque demonios has hecho tanto ruido? Has despertado a tu hija!

- ¡María! - Exclamo alegremente mientras intentaba echarse hacia delante. - ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

Intento levantarse, pero al ver que perdía el equilibrio, se quedó sentado y comenzó a reírse a carcajadas, mientras seguía escuchando aquel sonido desagradable venir del piso de arriba:

- ¡Hazme un favor, María! - Exclamo alegremente mientras comenzaba a hipar. - ¡Apaga la alarma, creo que la he hecho saltar!

- ¡¿Pero de qué demonios hablas?! - Exclamo María enfadada mientras fruncía el ceño.- ¡Aquí no hay ninguna alarma, lo que suena es tu hija llorando, la has despertado!

Luis al escuchar aquellas palabras, comenzó a mirar hacia el suelo, mientras los recuerdos volvían a él aun estando borracho. María al ver aquel rostro, se asustó, entre el mal aspecto que tenía, y la mirada perdida, parecía un psicópata.

- Sea lo que sea, hazla callar. Dijo muy seriamente mientras miraba hacia el suelo, perdido en sus recuerdos.

María se acercó un poco más, y vio la botella vacía en su mano, mientras un hedor fuerte y horrendo comenzó a meterse por su nariz.

- ¿Estas borracho? Pregunto.

Pero no recibió respuesta, y tampoco la necesitaba. Por un momento se sintió una idiota por haber hecho aquella pregunta, para saberlo solo

había que verle.

- Si, no hay duda de que lo estas. - Se auto respondió mientras le veía, y luego, con un tono preocupante añadió. - ¿Por qué lo has hecho Luis? - Y luego con un tono más preocupante, añadió. - ¿No te das cuenta de que tienes una hija?

Los llantos de Alba seguían oyéndose, y a Luis comenzaba a ponerle de los nervios.

- Hazla callar. Repitió muy seriamente mientras seguía con la mirada perdida.

- Acuéstate. - Dijo mientras se acercaba hacia él. - Mañana habla...

- ¡Déjame en paz! Grito mientras levantaba la cabeza y la miraba cabreado.

María retrocedió asustada al escuchar su voz.

- ¡Déjame en paz! - Repitió muy seriamente mientras la miraba, y entonces, con un tono más amenazante, añadió. - ¡Ahora, sube, y hazla callar, o me veré obligado a hacerlo yo!

María al escuchar aquellas palabras, sintió miedo por la pequeña y por ella misma. Sintió el deseo de coger a la niña y llevársela a su casa, al menos hasta que a Luis se le pasara la borrachera, hasta que volviera a ser el de antes, pero no lo hizo, pensó que tarde o temprano, Luis caería rendido en el sofá y se dormiría, así que decidió cumplir sus órdenes, como si fuera su sirvienta.

María subió las escaleras, y cuando Luis se vio solo en el salón, comenzó a llorar.

Su idea era emborracharse para olvidar todo lo que había pasado, al menos durante un día, pero no lo había conseguido, los recuerdos seguían yendo y viniendo por su mente. Recordó el momento en el que conoció a Noelia, recordó el momento en el que comenzaron a salir, recordó el día que le pidió la mano, recordó el día de su boda, recordó el "*Si quiero*" que le dijo mientras lloraba de felicidad, recordó el baile de su boda, su luna de miel y recordó aquel día, el día en que ella murió, dejando todo su esfuerzo por traer a su asesina.

- ¡Fue por su culpa! - Decía mientras lloraba y seguía escuchando los llantos del bebe. - ¡Fue por su culpa!

El llanto del bebe seguía y seguía, no paraba, y él estaba cada vez más harto de aquel sonido. Entonces, giro la cabeza hacia la derecha, y vio un cojín gris. Mientras lo miraba, los recuerdos seguían yendo y viniendo por su cabeza, pero ahora acompañados de un llanto fuerte e insoportable, y

entonces pensó, que la única manera de que aquellos recuerdos desaparecieran de su cabeza era que aquel llanto desapareciera, se extinguiera, necesitaba que el silencio reinara en su cabeza.

Entonces, se levantó con cuidado, con la botella vacía en una mano, y el cojín gris en la otra, y comenzó a dirigirse hacia las escaleras, mientras se tambaleaba de un lado a otro.

Al llegar a las escaleras, comenzó a subir, pero no fue una tarea fácil para él. Veía como las escaleras subían y bajaban, y a veces se movían de un lugar a otro, haciéndole tropezar algunas veces.

Cuando llego arriba, vio a una figura a pocos metros de él, junto a una puerta cerrada:

- ¿Qué haces aquí? - Pregunto María extrañada, y mientras le ponía la mano sobre el brazo en el que llevaba la botella añadió. - Venga, te ayudare a bajar.

- ¡No me toques! - Exclamo. - ¡He venido a hacer callar a mi hija!

- Tu hija ya está dormida. - Dijo María susurrando. - Y no hagas mucho ruido, o la despertarás de nuevo.

Luis se quedó en silencio, mirándola, mientras el llanto seguía sonando en su cabeza, cada vez con más fuerza:

- Mientes - Exclamo muy seriamente. - Déjame entrar, solo será un momento.

Al decir aquellas palabras, María se percató del cojín gris que llevaba en una mano, y supo las intenciones de Luis:

- ¡No! - Exclamo mientras se ponía delante de la puerta! - ¡No pienso dejar que entres, no pienso dejar que te acerques a ella! - Al ver que no obtenía respuesta por parte de Luis, añadió. - ¡Vete o llamare a la policía!

Al escuchar aquellas palabras, Luis miro a María con el ceño fruncido, y con la cara un poco desencajada. María al verle, no pudo evitar sentir pánico.

- Apártate. Dijo Luis muy seriamente.

María sintió el deseo de apartarse, pero no lo hizo, debía de proteger a su nieta a toda costa.

- No. Dijo María muy seriamente mientras le miraba a los ojos, mientras a su vez, comenzaba a temblarle todo el cuerpo.

- ¡He dicho que te apartes negra de mierda!

Y al decir esto, Luis levanto la mano en la que tenía la botella vacía, y se la estampo a María en la cabeza, haciendo que la botella se rompiera en mil pedazos. María, al recibir aquel impacto, cayó muerta al suelo, mientras los pequeños fragmentos de cristal caían por todo su cuerpo, y muchos otros comenzaban a descender por las escaleras.

Luis, al verla en el suelo, se miró la mano, y vio que ahora, lo único que le quedaba de la botella era la parte de arriba. Al verlo, lo tiro al suelo, junto al cadáver de María, y cuando lo hizo, abrió la puerta de la habitación de Alba, y entro.

Avanzo con pasos lentos por la habitación, mientras la lluvia azotaba las ventanas y el llanto sonaba en su cabeza con más fuerza. Se acerco a la cuna, y vio a la pequeña Alba durmiendo boca arriba, con un bracito en cada lado de la cuna. Estaba metida bajo aquella mantita de algodón de color rosa, decorada con una pequeña osita sonriente durmiendo en la luna.

Luis al verla, comenzó a llorar. A pesar de que estaba dormida, el llanto seguía y seguía en su cabeza, y los recuerdos iban y venían con más constancia que antes. Al verla dormir, la ira y el odio comenzaron a crecer en su interior.

- Fue por tu culpa. - Dijo en voz baja mientras la miraba recordando el último momento que paso con su mujer. - Por tu culpa ella murió.

Entonces, él bebe comenzó a moverse, como si lo hubiera oído.

- Por tu culpa, mi Noelia está muerta.- Dijo mientras agarraba el cojín con las dos manos y comenzaba a inclinarse sobre él bebe.- Por tu culpa, nunca más la volveré a ver.- Los llantos comenzaron a hacerse más fuertes en su cabeza, pero ahora no oía solo uno, oía varios, y necesitaba que pararan, o acabaría volviéndose loco.- Por tu culpa, mi Noelia está muerta.- Repitió mientras las lágrimas comenzaban a aparecer por sus ojos, y luego con un tomo más alto, añadió.- ¡Por tu culpa, nunca más la volveré a ver!

Entonces, él bebe abrió los ojos, y justo en el momento en que lo hizo, le puso el cojín encima de su carita pequeña y rechoncha. Él bebe empezó a menearse de un lado a otro, mientras de vez en cuando se escuchaba una especie de gimoteo viniendo de debajo del cojín. Luis apretó con fuerza sobre la carita del bebe y vio que la pequeña movía las manitas de un lado a otro, como si estuviera intentando defenderse, y mientras lo hacía, notaba como sus piernecitas se movían por debajo de las sábanas, hasta que, por fin, las piernecitas y las manos del bebe se detuvieron, y el

gimoteo que venía de debajo del cojín desapareció.

Entonces, Luis levanto el cojín y vio la carita de Alba completamente morada, mientras un hilillo de sangre le salía por su pequeña nariz. Al verla, los llantos desaparecieron, y los recuerdos se desvanecieron. Luego, dirigió su mirada hacia el cojín, y vio unas manchas rojizas por el lado en el que había estado la carita de Alba, y cuando lo hizo, el primer relámpago cayó, iluminando por completo la habitación de Alba, y a los pocos segundos, el primer trueno sonó.

## Capítulo 7

Ahora, Luis se encontraba sentado, apoyado en la cuna, y con Alba en sus brazos, llorando, y con la mirada perdida. Ahora que Alba se había ido, se había dado cuenta de todo lo que significaba para ella.

Permaneció así durante largo rato, perdido en nuevos recuerdos, recuerdos en los que antes no había pensado. Cuando de repente, vio aparecer una figura en la habitación, una figura que le resultaba familiar.

- ¿Qué haces aquí Fred? Pregunto mientras seguía con la mirada perdida.

Vio como Fred se acercaba, sin decir ni una palabra, y le mostro un papel blanco.

- Te has olvidado de pagar. Respondió mientras le enseñaba el papel.

Luis, al verlo, cogió el papel con una de sus manos, mientras con la otra, agarraba el cuerpecito de Alba y leyó lo que había escrito:

La casa de Kevin:

4 vasos de cerveza (1,20 €) 4,80 €

1 botella de Whisky 19,99 €

Total, al pagar: 24,79 €

Al leerlo, Luis comenzó a reírse, aunque no sabía porque exactamente, aquel momento le pareció raro y extremadamente ridículo.

Arrugo el papel, y se lo tiro a los pies, y cuando lo hizo, comenzó a llorar:

- ¡Déjame solo! - Exclamo. - ¡No sé cómo has conseguido averiguar donde vivo, pero déjame solo, te lo ruego!

Al oírlo, Fred se agachó y cogió de nuevo el papel, y permaneció agachado, mirando a Luis:

- ¿Por qué quieres que te deje solo? Pregunto muy seriamente.

Luis al escucharlo, abrió los ojos de par en par:

- ¡¿De verdad me estás haciendo esa pregunta?! - Exclamo furioso mientras seguía llorando. - ¡¿Acaso no ves lo que he hecho?!

- Si, lo veo. - Respondió y señaló hacia el cuerpecito de Alba. - Has matado a tu hija, y a tu suegra, pero no entiendo porque te torturas

tanto, no era eso lo que querías, ¿Matar a tu hija?

- ¡Yo nunca quise matar a mi pequeña! Exclamo indignado mientras ahora ocultaba el cuerpecito de Alba entre sus brazos, como si intentara protegerla.

- Eso no fue lo que dijiste en el bar. Comento Fred muy seriamente mientras seguía agachado.

Entonces Luis recordó lo que había hablado con Fred en el bar:

*- ¡Esa pequeña, no es de mi familia! ¡Esa pequeña solo es una asesina, nada más!*

*- Yo no lo veo así Luis. Yo solo veo a una niña que necesita a un padre, ahora más que nunca.*

*- ¡Esa niña lo que necesita es una muerte lenta y dolorosa!*

*- No diga eso Luis. Su hija no tiene culpa de nada, su hija no tiene la culpa de que su mujer haya fallecido. Dele una oportunidad a su hija, todos nos merecemos una oportunidad.*

- ¡No! - Exclamo mientras recordaba aquella conversación. - ¡Yo no dije eso!

- Si, lo hiciste. - Dijo Fred muy seriamente. - Lo sabes tan bien como yo.

- ¡Pero no lo decía en serio! - Exclamo mientras ahora volvía a mirar al bebe y le comenzaba a acariciar la cabecita. - No lo decía en serio.

- Eso no es cierto. - Añadió Fred. - Estabas borracho, pero sabes tan bien como yo que hablabas en serio. - Y mientras volvía a señalar hacia él bebe, pregunto. - Si no, ¿Como demonios te explicas eso?

Al escuchar aquellas palabras, Luis rompió a llorar de nuevo, y comenzó a abrazar a su pequeña, y los dos permanecieron así durante largo rato, mientras el agua y los truenos seguían cayendo en el exterior.

- Sabes. - Dijo Luis mientras se alejaba para ver de nuevo el rostro de su pequeña. - Desde que la tengo entre mis brazos, no he podido dejar de pensar en viejos recuerdos, recuerdos en los que no había pensado antes.

Fred, al escuchar sus palabras, le miro interesado:

- ¿Qué recuerdos? Pregunto con curiosidad.

- No paro de recordar la felicidad que tenía cuando Noelia me dijo que estaba embarazada. - Dijo mientras seguía mirando el rostro del bebe. - No paro de recordar la felicidad que teníamos cuando la obstetra nos dijo que era una niña. No paro de recordar las discusiones que teníamos para saber que nombre le pondríamos. Ella quería ponerle Alba, y yo quería ponerle Noelia, porque sabía que en el futuro sería igual de guapa que ella, pero al final, nos decidimos por Alba. - Y luego, mientras dirigía la mirada hacia Fred, añadió con una sonrisa, mientras se le caían las

lágrimas. - Al final no pude convencerla.

Fred al escuchar aquello ultimo no pudo evitar sonreír un poco, pero no era una sonrisa de alegría, sino de lastima. Comenzaba a sentir un poco de lastima hacia Luis.

- Tampoco puedo evitar recordar lo que le prometí. Dijo mientras volvía a mirar hacia él bebe.

- ¿Qué le prometiste?

Al escuchar aquella pregunta, rompió de nuevo a llorar:

- Le prometí que la cuidaría. - Respondió mientras miraba y acariciaba la carita de Alba.- Le prometí que, en caso de que ella no estuviera, yo cuidaría de Alba, y mira lo que ha sucedido, he roto mi promesa, y no contento con eso, también he matado a su madre.

Y entonces, volvió a abrazar a su pequeña mientras recordaba aquel momento con todo detalle:

*Recordó que cuando ocurrió, se encontraba pintando las paredes de la habitación de Alba. El sol entraba a través de la ventana, iluminando por completo la habitación. Noelia se encontraba durmiendo un poco en la habitación, debido a que por la noche no había dormido nada por culpa del bebe. Según ella, él bebe no había parado de moverse en su interior aquella noche, haciendo que su madre no pudiera conciliar el sueño.*

- ¡Luis! - Exclamo Noelia desde su habitación. - ¡¿Dónde estás?!

- Aquí. - Respondió. - En el cuarto de la pequeña, pintando.

*Al rato, Noelia apareció por la entrada:*

- ¿Qué hora es? Pregunto mientras le veía pintar la habitación.

- Las once. - Respondió alegremente mientras soltaba el rodillo y caminaba en su busca.- La hora perfecta para que se despierten los dormilones.

- ¡Calla! Exclamo entre risas mientras le daba un pequeño golpe en el brazo y luego, le beso en los labios.

- ¿Qué tal estas, mi reina? Pregunto Luis mientras le acariciaba los brazos.

- ¿Has dormido bien?

- Si, supongo. Respondió Noelia, indecisa.

- ¿Supones? Pregunto Luis extrañado.

- ¡Ah!, no me hagas caso. - Respondió Noelia. - Es que, aún estoy un poco cansada, eso es todo.

- Duerme un poco más entonces. Añadió Luis, preocupado.

- No, no te preocupes, se me pasara cuando me lave la cara. - Y luego, con un tono más animado, añadió. - ¿Has desayunado?

- Lo cierto es que no. - Respondió. - Quería esperarte.

- *¿Te has puesto a trabajar sin desayunar?! Exclamo Noelia, sorprendida.*

*Al escucharla, Luis giro la cabeza, y vio todo lo que había pintado de la habitación. Después de haberlo, hecho, se volvió a girar hacia Noelia, y dijo, con un tono sincero y burlón:*

- *Cuando hay ganas, hay ganas.*

*Entonces ambos comenzaron a reírse:*

- *Vaya padre tienes Alba. Dijo Noelia mientras se acariciaba la barriga.*

- *¡Es verdad! - Exclamo Luis mientras se agachaba y ponía su mano en la barriga de Noelia. - ¡Como he podido olvidarme de ti, vaya padre estoy hecho!*

*Entonces, puso su oreja muy cerca del ombligo de Noelia, mientras seguía manteniendo la mano en su barriga y dijo:*

- *¿Qué tal estas, princesa? - Pregunto, esperando alguna respuesta, pero al ver que no obtenía ninguna respuesta, añadió. - Mama me ha dicho que esta noche estabas muy alterada, ¿Estas ya mejor?*

*Entonces, al preguntar eso, noto como algo le golpeaba desde el interior, aunque para él, era más bien como una caricia.*

- *¡Se ha movido! Exclamo con alegría mientras se apartaba.*

- *¡Ya lo creo! Exclamo Noelia riéndose.*

*Entonces, algo se le paso por la cabeza. Por un momento, pensó que no llegaría a ver crecer a su hija. Al pensar eso, se sintió insegura.*

- *Cariño.*

- *¿Sí?*

- *¿Cuidarías bien de nuestra hija en caso de que yo no estuviera?*

*Pregunto Noelia con un tono preocupante.*

*Luis, al escuchar aquella pregunta, levanto la cabeza, y la miro extrañada.*

- *¿A qué viene eso? Pregunto mientras se levantaba y se ponía a su altura.*

- *Imagina que, por desgracias de la vida, yo no pudiera estar aquí. - Dijo con el mismo tono que antes. - Imagina que no pudiera ver crecer a nuestra hija. Imagina que... Bueno, que estoy muerta.*

- *No digas eso, cielo. - Añadió, un poco impactado por lo que acaba de escuchar. - Ni siquiera lo pienses.*

- *¡Imagínatelo por favor! - Exclamo, un poco alterada. - ¡Imagínate que*

*por alguna razón no estoy aquí!*

*Luis no dijo nada, pero no pudo evitar fijarse en que Noelia estaba llorando.*

*- Prométeme. - Dijo mientras le costaba hablar. - Prométeme, que, si no estoy aquí, cuidarás bien de nuestra hija.*

*Entonces, Luis lanzo un largo suspiro, la abrazo, y entonces, le susurro en el oído:*

*- Si no estás aquí, te prometo que cuidare bien de nuestra hija.*

*Estas palabras hicieron tranquilizar a Noelia.*

*Entonces, Noelia dejo de llorar, le devolvió el abrazo, y luego, ambos bajaron a desayunar.*

*- Tenías razón. - Exclamo mientras abrazaba a su pequeña. - Tenias razón, Fred.*

*- ¿En qué? Pregunto Fred.*

*- Debí de haberle dado una oportunidad. - Dijo mientras comenzaba a mirarle. - Debí de haberle dado una oportunidad a mi pequeña. Me he dado cuenta de que ella no tiene la culpa de lo que le paso a su madre, nadie la tiene. - Y luego, mientras volvía los ojos hacia él bebe, añadió. - Y me he dado cuenta, de que no solo he matado a mi hija y a mi suegra, también le he fallado a mi mujer. Le prometí que cuidara de Alba, y no lo he hecho. - Y mientras acariciaba con los dedos la carita de Alba, añadió. - Alba para mí era especial, muy especial, pero no queria darme cuenta. Estaba tan disgustado con la muerte de Noelia que no me daba cuenta de lo que tenía ante mis narices. Lástima que me haya dado cuenta tarde.*

*Al oír aquellas palabras, Fred lanzo una sonrisa, y se levantó, con el papel arrugado en la mano.*

*Se arrimo a él, se puso de nuevo a su altura, y metió el papel en uno de los bolsillos de su pantalón:*

*- ¿Qué haces? Pregunto extrañado mientras le miraba.*

*Entonces, Fred le lanzo una sonrisa, y mientras le ponía la mano en el hombro, le respondió:*

*- Todos nos merecemos una oportunidad. - Y luego con un tono más serio, añadió. - Ahora, despierta.*

*- ¿Qué? Pregunto extrañado.*

- ¡Despierta Luis, Despierta! Exclamaba Fred una y otra vez.

Y aquellas palabras resonaron en la cabeza de Luis, una y otra vez, una y a otra vez, mientras poco a poco, Luis comenzaba a sentirse cada vez más y más cansado. Veía como todo lo que iba a su alrededor se iba desvaneciendo. Entonces, cerro los ojos, y todo se volvió negro, mientras no paraba de escuchar una y otra vez las mismas palabras. "*¡Despierta Luis, Despierta!*"

## Capítulo 8

- ¡Despierta Luis, Despierta!

Luis se despertó, mareado y desorientado. Debería de encontrarse junto a la cuna, con Alba en brazos, pero no estaba allí. Estaba junto a la escalera, donde antes se encontraba el cadáver de María.

- ¡Gracias a dios! – Exclamo una voz encima del.- ¡Has despertado!

Luis levanto la cabeza, y entonces vio, agachada y junto a él, a su suegra, María. Al verla, Luis sintió el profundo deseo de gritar, por un momento creyó que estaba viendo a un zombi, pero no era así, María estaba viva.

- ¡María! - Exclamo al darse cuenta de que estaba viva. - ¡¿Qué ha ocurrido?!

- ¡Te has desmayado! - Exclamo María con un tono menos preocupante. - ¿Estas bien?

- Si, estoy bien, solo un poco mareado. - Respondió. - ¿Y a que te refieres con me he desmayado?

- Pues a eso mismo. - Respondió. - Estabas a punto de bajar por las escaleras para macharte y te has desmayado, me tenías preocupada.

- ¿Y hace cuanto me he desmayado? Pregunto Luis, aun un poco desorientado.

- Hace poco, puede que no hayan pasado más de dos minutos. - Respondió. - Cuando has despertado estaba a punto de llamar a una ambulancia, ¿Quieres que llame a una?

- No. - Respondió encontrándose mejor. - Estoy bien, de verdad.

Entonces, comenzó a levantarse, mientras a su vez ayudaba a María a hacerlo, y cuando ambos se levantaron, recordó lo que había soñado, y al darse cuenta de que nada de lo que había pasado era real, abrazo a María.

- ¿Qué te ocurre? Pregunto María mientras le devolvía el abrazo, un poco extrañada por su reacción.

- Nada. - Respondió mientras recordaba lo que le había hecho. - Solo quería abrazarte.

Y entonces, cuando termino de abrazarla, le pregunto:

- ¿Dónde está Alba?

- En su habitación, en la cuna. - Respondió María mientras fruncía el ceño, por un momento le pareció ver que Luis estaba llorando. - Luis, estas bien, ¿Seguro que no quieres que llame a una ambulancia?

- Si, estoy bien, de verdad. - Respondió alegremente mientras intentaba ocultar sus lágrimas. - Es solo que...- Se detuvo porque no sabía muy bien

que decir, y luego, añadió. - Quiero ver a mi hija.

Entonces entro en la habitación, camino hacia la cuna, y vio a su hija, durmiendo, tal y como la había dejado antes de desmayarse.

Al verla, Luis no pudo evitar llorar de la felicidad, y a pesar de que la pequeña estaba dormida, la cogió en brazos. Sabía que, si lo hacía, probablemente la pequeña se despertaría y empezaría a llorar, pero en aquel momento le daba igual, sentía el deseo de tenerla entre sus brazos, y si lloraba, sentiría el deseo de escuchar su llanto.

- Mi pequeña. Susurro mientras la cogía en brazos.

Alba, al oír aquel susurro, se movió un poco entre sus brazos, pero no lloro, como se creía Luis. Alba no quería llorar, estaba más a gusto entre los brazos de su padre que en la cuna.

- Mi pequeña. Volvió a susurrar Luis.

Y entonces, se dio cuenta de algo, había parado de llover. Las gotas ya no chocaban en la ventana. Las nubes se habían desvanecido, y ahora, un sol anaranjado y radiante comenzaba a aparecer a través de la ventana, iluminando por completo la habitación, y su propio corazón.

## Capítulo 9

Autor: Rubén Fernández

Fecha publicación: 19 de septiembre de 2019

---

Al día siguiente, el sol salió durante todo el día. María, al ver que Luis se había desmayado el día anterior, decidido quedarse a dormir en la casa por si volvía a ocurrirle algo malo, pero nada ocurrió. Aunque, María se percató de algo, se dio cuenta de que Luis había cambiado, volvía a hacer el de antes. Volvió a ser el chico joven y animado que era antes de la muerte de Noelia. Había recuperado un poco el color de su piel, sus ojeras se habían aclarado, haciéndolas menos visibles, se había recortado un poco la barba, haciéndola más bonita y elegante, y se había molestado en peinarse, pero seguía teniendo mal aspecto debido a su peso. Pero María al verlo tan animado, y cuidando de su hija como nunca lo había hecho, supo que volvería a comer en condiciones, supo que, de algún modo, había superado la muerte de Noelia, y que ahora quería a su hija más que nunca, quizás, más que antes, aunque nunca llegaría a comprender porque ese cambio de actitud de la noche a la mañana. Nunca sabría lo que había soñado Luis aquella tarde mientras estaba inconsciente.

Cuando terminaron de desayunar, y de darle el biberón a la pequeña, Luis, al ver el tiempo tan bueno, propuso salir a dar un paseo, y de paso, llevar flores a la tumba de Noelia. Cuando propuso su idea, a María le sorprendió un poco, no por el hecho de dar un paseo juntos, sino por el hecho de ir a la tumba de su hija. Ella desde luego había ido cuatro o cinco veces desde que Noelia murió, iba a pesar de que hiciera mal tiempo, pero Luis, ni siquiera se había molestado en ir ninguna sola vez, no se había atrevido a ir. La única vez que fue, fue el día en que la enterraron, y aquel día parecía que no estaba allí.

- ¿Te ves con fuerzas de ir? Pregunto María.
- Si. - Respondió. - Además, quiero que Alba la conozca.

Dicho esto, María se marchó un momento a su casa para recoger una cosa, y quizás también para asearse un poco. Mientras esperaba, Luis pensó en ducharse y en cambiarse de ropa, pero al final no lo hizo, no quería hacer esperar a María en caso de que regresara pronto. *Además, no huelo tan mal.* Se dijo para si mientras se olía. Entonces, preparo a Alba para el paseo, y la metió en su carrito. Espero a que María volviera y cuando lo hizo, salió de casa con el carrito y caminaron rumbo al cementerio.

Cuando llegaron, compraron tres rosas a una mujer que estaba siempre a las puertas del cementerio vendiendo flores. Cuando lo hicieron, entraron y caminaron hasta la tumba de Noelia.

La tumba de Noelia estaba en mitad de un jardín en el que aún había pocas personas enterradas. Su tumba estaba junto a un árbol. La lapida era negra como el carbón. En el lado izquierdo de la lápida, junto a la inscripción, había una cruz, y en el lado derecho de esta, se podía leer la inscripción que había grabada:

Aquí yace Noelia Rodríguez Ochoa

4 de enero de 1989 - 6 de abril de 2019

Tu madre, tu marido y tu hija jamás te olvidaran.

Permanecieron un rato mirando la tumba, y ambos pusieron las flores encima de la lápida.

- Luis, ¿Puedo preguntarte algo?

Luis asintió.

Entonces, María, saco del bolso que llevaba un marco de fotos, en el que había una foto de Noelia, sonriendo. Luis había reconocido aquella foto cuando la vio, era una foto que tenía María en su casa, en una estantería del salón, junto a otras muchas.

- ¿Te importa que ponga esta foto junto a la lápida? - Pregunto. - Quería ponerla desde hace mucho, pero no he querido hacerlo debido al tiempo. - No tienes por qué pedirme permiso María. - Respondió. - Ella era su hija, puede poner todas las fotos que quiera.

*No hay duda.* - Se dijo María para sí. - *Ha vuelto a ser el de antes.*

Mientras ese pensamiento corría por su cabeza, María le lanzo una sonrisa en señal de agradecimiento y puso el marco junto a la lápida. Pero Luis no llego a ver como ponía la foto, se había distraído un momento para coger a la pequeña en brazos, acaba de despertarse.

- ¡Eh, cielo! Susurro Luis mientras la cogía.

Por un momento Alba hizo el esfuerzo de llorar, pero su padre consiguió calmarla a tiempo.

- ¡Vaya! - Exclamo mientras la zarandeaba y veía sus ojitos abiertos. -

Para tener dos semanas, estas muy espabilada.

Él bebe, al escuchar aquellas palabras, le lanzo una sonrisa, pareciendo que no solo lo había oído, sino que, además, lo había entendido.

Entonces, Luis, inclino un poco a Alba para que mirara a la lápida, aunque Alba dirigía su mirada a todos los sitios menos a la lápida, cosa que hizo gracia a Luis. *Aún es demasiado pequeña*. Pensó. Pero aun así hablo, como si ella estuviera mirando a la lápida:

- Aquí esta tu madre Alba. - Dijo mientras veía la foto de Noelia junto a la lápida. - Nosotros no podemos verla a ella, pero ella si puede vernos a nosotros porque está en el cielo, y aquí. - Dijo señalando hacia el corazoncito del bebe. - Es una lástima que no la hayas conocido, hubiera sido la mejor madre del mundo, me hubiera superado a mí y a la yaya sin ninguna duda.

María al escuchar aquella ultimo le dio un pequeño golpe en el codo a su yerno, y entonces comenzó a llorar:

- Cuando seas un poco más mayor. - Dijo Luis mientras ahora comenzaba a llorar también. - Vendrás a verla de vez en cuando, y la yaya y yo te contaremos cosas de ella para que sepas como era tu madre.

Permanecieron así durante largo rato. Hasta que finalmente, María hablo:

- Sera mejor que nos vayamos. - Dijo. - ¿Te parece bien Luis?  
- Si, me parece bien. - Respondió y entonces volvió a meter a Alba en el carrito. - María, ¿Te importa esperarme en la entrada del cementerio? -  
Añadió Luis mientras la miraba a los ojos. - Es que, quiero estar un momento a solas, no tardare.  
- ¿Seguro que estarás bien? Pregunto.  
- Si. - Respondió. - Es solo que, quiero despedirme, nada más.  
- De acuerdo, luego te veo.

Luis asintió, y entonces María se marchó, llevándose el carrito y a la niña con ella.

Luis permaneció mirando a la tumba, con aire pensativo y comenzó a hablarle:

- Te hice una promesa, y he estado a punto de romperla.- Dijo mientras se metía las manos en los bolsillos de su pantalón.- Por un momento, pensé que Alba te había matado, pensé que ella tenía la culpa de que hubieras muerto, y a veces, sentía el impulso de acabar con su vida, y por un momento, pensé que lo había hecho de verdad.- Bajo la cabeza, como si estuviera arrepentido de algo que hubiera hecho y comenzó a llorar, mientras recordaba el sueño que había tenido.- Pero gracias a dios no fue

así, gracias a dios nada de eso ocurrió, pero me sirvió de algo Noelia.- Entonces, levanto un poco la cabeza, y volvió a mirar hacia la lápida.- Me sirvió para darme cuenta de que tenía una hija que me necesitaba, me sirvió para darme cuenta de que ella no tenía culpa de nada, y me sirvió para recordar la promesa que te hice. Quiero que sepas, que puedes descansar tranquila, a tu hija no le pasara nada malo mientras yo este aquí, te lo prometo.

Una vez dijo eso, se sintió más aliviado consigo mismo.

- Adiós Noelia. - Dijo con un tono decaído. - Te echare de menos.

Entonces, cuando estaba a punto de marcharse, noto algo dentro de uno de los bolsillos del pantalón, por el tacto, supo que era un papel.

Lo saco, un poco extrañado porque no recordaba a ver metido nada, y descubrió que estaba en lo cierto, era un papel arrugado. Lo desarrugo, y lo que leyó en él, le dejo petrificado, era un papel que había visto anteriormente, en un sueño, solo que ahora, tenía algo más escrito, tenía una especie de posdata, escrita con sangre:

La casa de Kevin:

4 vasos de cerveza (1,20 €) 4,80 €

1 botella de Whisky 19,99 €

Total, al pagar: 24,79 €

Todos nos merecemos una oportunidad.

Al leerlo, Luis levanto rápidamente su cabeza, sin saber muy bien donde mirar, y vio a Fred, con la misma ropa que llevaba en su sueño. Estaba a varios metros de él, detrás de la lápida de su mujer, pero lo miraba fijamente a los ojos:

- ¡Qué demonios! Exclamo Luis y salió corriendo al encuentro de Fred.

Cuando llego al lugar donde se encontraba, la figura de Fred desapareció, y lo que encontró fue una lápida, semejante a la de Noelia, y si lo del recibo que tenía en el pantalón no fue suficiente, la inscripción de la lápida lo dejo sin aliento, en la lápida, ponía:

Aqui yace Federico Domínguez Sierra

28 de marzo de 1999 – 6 de abril de 2019

Tu abuela, y el resto de los familiares no te olvida.

Al leerlo, Luis comprendió que el joven que le había atendido en el bar había sido una persona real, que, por desgracias de la vida, había muerto el mismo día que su mujer. También comprendió que el sueño que tuvo mientras estaba inconsciente ocurrió de verdad. Pero no lograba entender porque razón había visto a ese joven en su sueño, nunca lo había conocido en vida, ni tampoco entendió porque motivo, su espíritu, por muy sobrenatural que suene, le había dado otra oportunidad. No entendía el motivo por el que un espíritu le había dado una nueva oportunidad a un hombre que acaba de matar a su hija. *Lo hizo porque tenía razón.* - Pensó. - *Lo hizo porque todos nos merecemos una oportunidad.* Aquel pensamiento corrió por su cabeza mientras recordaba lo que había soñado, pero aun así no estaba demasiado seguro, pero si saca una conclusión, una de la que nunca se olvidaría. Tuviera la razón que tuviera para darle otra oportunidad, debía de estarle agradecido.

FIN